

RAÚL ARGEMÍ. *El Gordo, el Francés y el Ratón Pérez*, Buenos Aires, Catálogos, 1996.

Gran parte de la actividad literaria de este siglo se abocó a la insurgente tarea de cuestionar, revisar, desenfocar, replantear el vínculo entre los textos y la realidad. Desde las teorías a las prácticas, esta actitud se fue dando, según momentos y según autores, de maneras más o menos ostensibles. Mientras tanto, en medio de los debates y casi de espaldas a los mismos, fue creciendo un género que, sostenido por un público masivo, por los medios gráficos y por el cine, se dedicaba impunemente a narrar historias urbanas, duras, contemporáneas.

"La novela negra es el reflejo más fiel de la sociedad, y, tal vez, de todo el mundo moderno. Aquí la complejidad del enigma ya no es un problema abstracto, sino un reflejo de la densidad y de la ambigüedad de las relaciones sociales"¹. Entre quienes comparten esta cita de Robert Loutit, se encuentra sin duda Raúl Argemí, autor de la novela que Corregidor ha publicado en los últimos meses de 1996. Escrita en la ciudad de Gral. Roca, bajo la forma indudable de novela negra, *El Gordo, el Francés y el Ratón Pérez* se presenta también como una reflexión acerca del poder.

Este doble perfil la vincula con una tradición ya probada en la historia del género en nuestro país y que fuera inaugurada por un escritor y periodista rionegrino: Rodolfo Walsh. Desde 1957, año en que publica *Operación masacre*, se abre en la literatura una brecha por donde entrarán a circular denuncias políticas y sociales, trabajadas con los procedimientos y recursos del policial negro. Temprano admirador de este género y de su antecesora, la clásica novela de enigma, Walsh había seleccionado, en 1953, *Diez cuentos policiales argentinos* (Hachette), primera antología de autores nacionales, y publicado, además, sus *Variaciones en rojo*.

Durante la década siguiente, con la renovación literaria generalizada que la caracteriza, este nuevo paradigma se fue constituyendo en objeto del mercado editorial oficial, del público lector y de la crítica. En un gesto que abarcaba literatura y política, la novela negra fue apadrinada por los jóvenes intelectuales del momento -Sebreli, Viñas y Piglia, entre otros.

En el caso de Argemí, si bien su biografía también aparece atravesada por el periodismo y por la militancia política desde la década del sesenta, la ficción se despega de la investigación periodística, abandona la propuesta de la *non-fiction* y se dedica a contar una historia cuyos protagonistas no figuran en los anales de la historia reciente.

Antes que todo, novela negra. *El Gordo, el Francés y el Ratón Pérez* presenta la dosis necesaria de convención y ruptura, propia del pacto, especialmente inquieto, especialmente celoso, que el género mantiene con sus seguidores.

Uno de los personajes del título "cuenta el cuento", con el clásico ardid de acudir a una narración para mantenerse vivo. En "A modo de prólogo" anuncia su decisión de contar los hechos,

¹ LAFFORGUE, J. y RIVERA, J.: *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*. Bs.As. Colihue. 1996. P. 260

hechos que parecen un desierto a conquistar. Y ubica al lector, sin preámbulos, en una escena que concentra el *thriller* y la lucha de clases, conjunción heredera de nuestros modos de construir la historia. En seguida un tercer comienzo revela que el escritor, ya aliviado, encuentra una ruta por donde hacer transitar su relato.

El Gordo... es un discurso enunciado desde una clandestinidad que acaba de ser descubierta. Para ampararse, el narrador siente la urgencia de cubrir el pasado con una narración destinada a *usted/ustedes* (¿a quiénes les puede escribir este asesino sin remordimientos?). La escritura en primera persona impone siempre un pacto de credibilidad, y en este caso la trama va construyendo una trampa a los lectores, ya que este narrador no es un mero cronista. Aunque insiste en escribir sólo por venganza, intenta implicarnos a través de permanentes reflexiones acerca de la sociedad, sus dueños, sus hijos y entenados, sus alianzas. Las posiciones ideológicas son presentadas por el diálogo, con el cruce de paradigmas que caracterizan este fin de siglo, y a su vez filtradas por la cínica mirada del narrador.

La historia está trabajada desde el juego entre los tres personajes del título. Hay un guiño soriano en la elección de los nombres y aún en la estructura del sintagma. La incorporación de un apellido famoso en el género policial, un Vásquez Montalbán degradado a comisario retirado y hombre de confianza del poderoso del pueblo, continúa el juego de las filiaciones, que no se limita por cierto a los exponentes del género en nuestro idioma.

Vale la pena reproducir algunas caracterizaciones del trio:

El Gordo:

- *No me joda, comisario, yo no soy un intelectual.*
- *No me digas. (...) ser un intelectual es algo incurable, como ser rengo de nacimiento.*

El Francés:

había conservado el idioma de origen, que hablaba con bastante fluidez, pero sólo cuando era necesario; la cara de turco del padre y un amor por la violencia que justificaba con un difuso anarquismo: un amontonamiento de dogmas y preceptos que autorizaban casi cualquier cosa.

El Ratón Pérez:

Se había comido todas las trompadas que no atajaba el referi: y ahí estaba, abollado y con cara de viejo al que le robaron la dentadura postiza, pegando cabezazos para librar de un nocaut que no terminaba nunca.

Raúl Argemí (n. La Plata, 1946) se ha referido a ésta, su primera obra publicada, como una novela acerca del poder. Periodista del diario *Río Negro* durante algo más de diez años, actualmente se encuentra dedicado casi exclusivamente a la actividad literaria, con una segunda novela en preparación. Nacido en el seno de "una especie en extinción, el proletariado ilustre de raigambre anarquista" fue construyendo su relación con la literatura a través de una biblioteca popular platense, Euforión, fuente de sus primeras lecturas. Más adelante participó como co-director del TA (Teatros Asociados) en su ciudad natal, al tiempo que ejercía una activa militancia política. Su desempeño como secretario de

RESEÑAS

redacción de la revista *Claves* (Bs. As.) y como corresponsal de *Le monde diplomatique - Cono Sur* - constituyen su entrada al periodismo.

Podemos pensar que el ritmo que caracteriza su narración es deudor de su actividad periodística y de su voraz lectura de los narradores estadounidenses. Y que la partida ética que juegan los personajes de su novela puede tener sus raíces en un pozo muy similar al que explicita el narrador: "la única certeza que me acompaña es que nada de lo humano me es ajeno".

Valeria Kelly
Universidad Nacional del Comahue

